

admite, no existía, por más que el genio del hombre hubiese llegado á comprender innumerables secretos naturales y conociese muchas artes mecánicas.

El antagonismo entre las dos escuelas rivales jónica y dórica, comenzó á levantar alguno de los pliegues del velo de la hipocresía, y los dioses de Hesiodo y Homero descendieron del Olimpo para probar su impotencia y su mundano origen. Aquel progreso indefinido á que habían alcanzado las falsas creencias entre los griegos, aberrojaron el pensamiento y amordazaron el genio dentro de los sagrados muros de sus templos, cuya ruína era inevitable al presentarse la luz regeneradora que eclipsó tantas teogonías inventadas por la miseria de los hombres. Era que el Cristianismo iba á terminar la historia de la humanidad caída, para comenzar la que correspondía á la humanidad regenerada.

El hombre, en todos los tiempos y en todas las épocas de su historia, se ha afanado para ser dichoso y vivir feliz. Vida y felicidad buscamos con anhelante solicitud, y á ello consagramos cuanto nos sugiere la actividad de nuestro espíritu, así en el orden físico como en el moral é intelectual. En esta felicidad suprema se encierra como condición esencial la perpetuidad de la vida. Deseo vehemente, aspiración constante del sér humano, que le conduce sin aperebirse á quererla y amarla, identificándose y enlazándose íntimamente con ella. Empero, esto no es posible, porque nuestro cuerpo está formado de materia putrecible, y nuestra razón comprende que el alma es incorrupta, que es inmortal y ha de vivir toda una eternidad. El politeísmo griego sucumbió á su impotencia y á sus torpes liviandades; jamás pudo dar la dicha y bienestar, por que suspiraban los hombres. La vida y la felicidad sólo pueden encontrarse en las verdades reveladas por Dios. Los conflictos entre aquellas sectas y la ciencia, quedaron reducidos á simples apreciaciones de escuela.

¡Desgraciados de aquellos que no admiten una *primera causa!* Para ellos no hay felicidad, es inútil todo principio de creación; para ellos, toda verdad revelada es una impostura; ellos están dominados por el racionalismo y el positivismo, que son el cáncer que les devora la conciencia y les consume el espíritu y el sentimiento moral; para ellos, en fin, no hay paz ni consuelo en esta vida, porque no tienen creencia y rechazan la fe católica para encenagarse en la hediondez del paganismo del siglo XIX.



## CAPÍTULO II

### ALEJANDRO EL GRANDE

Nacimiento de Alejandro y muerte de su padre Filipo.—En Corinto le nombraron general.—Sus conquistas en Asia.—Egipto.—Funda la ciudad de Alejandría.—Batalla de Arbela.—Entrada triunfal en Babilonia.—Pasa á la India.—Muerte de Darío.—Muerte de Clito y de Calixtenes.—Se apodera de la India.—Su carácter se había modificado.—Perdona la insubordinación de los soldados griegos.—Incendia el palacio de Jerjes.—Muerte de Alejandro.—Su cuerpo se conduce á Menfis y luego á Alejandría.—Juicio acerca de este guerrero y conquistador.—Influencia de sus conquistas en la civilización.—El Oriente tenía una civilización propia que había alcanzado gran desarrollo.—Conclusión.



ONSAGRAREMOS este capítulo á recorrer rápidamente la historia de Alejandro Magno, apreciando la influencia que sus conquistas pudieran ejercer en los progresos de la humanidad y en el porvenir de la civilización. Esta ligera reseña nos conducirá, naturalmente, á juzgar sin pasión, la importancia del Museo Alejandrino, y con especialidad la famosa Biblioteca, su decadencia y destrucción, deduciendo, de una manera clara y evidente, si el Museo que crearon los Ptolomeos, y en particular la Biblioteca, fué con razón *la cuna de la ciencia moderna*, como asegura el señor Draper; y de qué manera influyó en el desenvolvimiento intelectual de aquellas pasadas generaciones. Las extraordinarias conquistas del joven macedonio, han asombrado al mundo; pero las consecuencias á ellas debidas, se han apreciado de diverso modo por los sabios.

Cuatro siglos habían corrido desde la fundación de Roma, cuando en Pelle nació Alejandro, 356 años antes de J. C., que más tarde fué llamado *Magno*, por sus portentosas y extraordinarias proezas. Hijo de Filipo, rey de Macedonia y de Olimpías, señalóse su nacimiento por accidentes parti-

culares, que dieron lugar á cuentos y fábulas, que algunas tocaban al ridículo. Sólo después de sus sorprendentes victorias, se recordaron todos aquellos acontecimientos. Sin embargo, se dice que el mismo día que Olimpías dió á luz á Alejandro, fué reducido á cenizas el templo que en Efeso estaba consagrado á Diana.

Filipo había alcanzado el apogeo de su gloria con la sujeción de toda la Grecia. Contaba con numerosas y aguerridas huestes, y pensó llevar la guerra á los persas. Disgustos domésticos engendraron odios y rivalidades, de donde nacieron los favores que dispensaba á Cleopatra su nueva esposa, y los conatos frustrados para matar á Alejandro. Filippo, por fin, sucumbió al puñal regicida de uno de sus soldados, quizá el más afortunado valido.

La inesperada muerte de Filippo sorprendió á su hijo, y dió aliento á los rebeldes; y Alejandro, á pesar de contar con solos veinte años, subió al trono (336), y supo ahogar las terribles sospechas de parricida con que la calumnia pretendía cebarse. Consiguió que en Corinto le nombrasen general, y desde entonces comienzan sus conquistas, que han sido la admiración y el asombro de todos los tiempos, de todos los guerreros y de todos los pueblos.

Sofocadas las defecciones, acallados los disturbios y castigadas las conspiraciones, no sin que algunas veces ejerciera una severidad demasiado iracunda, declaró la guerra á los persas y se hizo nombrar generalísimo de toda la Grecia. Lleno de fe y henchido de esperanza, partió de Pelle en 334 para el Asia con su ejército, que apenas contaba *treinta mil* infantes y *cinco mil* ginetes. Fiado en su estrella, repartió cuanto tenía entre sus camaradas, reservándose, como dijo, la *esperanza* y el tesoro de sus buenos amigos. Pasó con las tropas el Helesponto, penetró en el Asia Menor en busca de los enemigos, atravesó el Granico con impetuosidad y arrojo, y se precipitó sobre los persas, que en número de cien mil infantes y veinte mil caballos se habían atrincherado en la margen opuesta.

Terrible fué el combate, donde el rey macedonio estuvo próximo á perder la vida. El campo quedó por Alejandro, y una victoria completa coronó su valor y su pericia. El caudillo, lleno de gloria, envió al templo de Minerva trescientos escudos guerreros, y á su madre ricos y suntuosos presentes. La Grecia entonó himnos de alabanza á los dioses en honor al general invicto, por tan señalado triunfo.

El guerrero se ocupó con gran diligencia en organizar los pueblos sometidos. Memnon defendía á Halicarnaso, que, al fin, fué tomada por fuerza de armas. Los persas se refugiaron en dos ciudadelas, que también ganó Ptolomeo, hermano y lugarteniente de Alejandro.

Se apodera enseguida de Hiparnes, reprime la traición de uno de sus favo-

ritos, y entra en Jerusalem triunfante. Aquí adoró el nombre de Dios esculpido en la mitra del Sumo Pontífice. En el templo mandó que se hicieran sacrificios, siguiendo el rito de los judíos, y en uno de los libros sagrados encontró una profecía que anunciaba que la ciudad de Tiro se rendiría á los macedonios, y los persas serian dominados por un griego.

Alejandro siguió sus triunfos, rompiendo y derrotando á los *barbaros*, llamados así porque no hablaban su idioma; apoderóse de Celene y de la capital de la Frigia, donde cortó el *nudo gordiano* del carro de Gordio, padre de Midas.

Entonces consideró que había llegado el momento de dar á Darío la gran



Medalla de Alejandro.

batalla. El valiente Memnon había muerto, y esto lisonjeó al guerrero macedonio.

Darío avanzaba con poderosa hueste. La falta de su entendido jefe le obligaba á tomar el mando del ejército, que constaba de más de seiscientos mil combatientes, marchando con la grandeza peculiar á los reyes persas. El paso de Cilicia había sido ocupado por los soldados de Alejandro, la ciudad de Tarso cayó en poder de los griegos, y las aguas del Cidno (Cydnus) refrigeraron el fatigado cuerpo del héroe. Imprudencia que por poco le cuesta la vida. Los cuidados de Filippo, su médico, le devolvieron pronto la salud.

Y cuando Darío seguía su marcha con presteza para apoderarse de los desfiladeros de Issus, considerando al caudillo macedonio moribundo entre los suyos, Alejandro, completamente restablecido, ocupaba la parte opuesta. Los

persas y los macedonios se embisten con furor, los soldados pelean con bravura, la lucha es horrorosa y sangrienta; por todas partes la destrucción y la muerte; hasta se dice que el mismo Darío ha sucumbido á la espada victoriosa de Alejandro. Cien mil soldados persas y diez mil caballos murieron en esta espantosa carnicería. El campo quedó por los macedonios, quienes se apoderaron de inmensos tesoros, multitud de prisioneros, entre los cuales se hallaban la madre, la mujer y algunos hijos del monarca persa, y además muchas damas de alto y esclarecido linaje, á quienes el afortunado guerrero trató con singular benevolencia y distinción. Mandó enseguida á Parmeni6n que pasase á Damasco para recoger los tesoros del infortunado Darío.

La muerte de éste había sido falsa. El rey de los persas vivía y trataba de reunir otro ejército. Una carta escrita en altanero lenguaje, hizo conocer al vencedor que la lucha no había terminado. Alejandro contestó con dignidad y templanza, ofreciéndole devolver á su madre, esposa é hijos sin rescate alguno, como así lo realizó.

Conducta noble y elevada, impropia de aquellos tiempos, en los que la mujer era mirada sin respeto y tratada sin consideración. Estaba reservado al Cristianismo levantarla del fango y de la hediondez, para que fuese la dulce compañera de nuestros infortunios y el ángel tutelar de la familia.

Los vencidos no pudieron menos de aplaudir las distinciones que mandó el guerrero guardar á aquellas que se consideraban como esclavas, y expuestas al brutal desenfreno de la soldadesca. Se dice que cuando Darío se hubo cerciorado de la realidad de tan noble proceder, pronunció esta oración: «Dioses que presidis al destino de los imperios, otorgadme la gracia de transmitir recobrada de sus reveses, á mis sucesores, la fortuna de los persas, para que pueda reconocer los beneficios de que me ha colmado Alejandro con su comportamiento hacia los seres que me eran más queridos en el mundo; pero si ha de acabar el imperio de los persas, si hemos de sufrir las vicisitudes de las cosas humanas, no permitáis que otro que Alejandro se siente sobre el trono de Ciro.»

El guerrero macedonio continuó su marcha triunfante, haciéndose dueño de Tiro, tomó la ciudad de Gaza y castigó con severidad á Betis, su gobernador; con esta conquista adquiría la llave del Egipto.

Mientras tanto Darío había escrito segunda vez al caudillo macedonio, y con lenguaje más suave reclamaba la paz.

Entonces fué cuando el conquistador del Asia visitó el templo de Júpiter Ammon, que estaba situado en medio de un oasis del desierto de Libia, á más de doscientas millas. El oráculo lisonjeó la vanidad del afortunado capitán, y después del sacrificio y entrega de las ofrendas, concedió á todos los sacerdo-

tes, mercedes y distinciones. Cumplida la ceremoniosa visita, partió para las lagunas Mareótidas, que reciben las aguas del Nilo y comunican con el mar. Admirado de tan hermosa posición, y queriendo realizar las poéticas ilusiones de un sueño, fundó la famosa ciudad de Alejandria (*Iskanderich* de los árabes), centro del comercio entre Egipto, el Golfo arábigo y Europa (332 a. de J. C.)

Diligente cual no otro conquistador, emprendió con éxito favorable diferentes expediciones; vuelve á Siria al frente de cincuenta mil veteranos, y menospreciando á Darío pasa el Eufrates y el Tigris.

El monarca persa, aprovechando la ausencia de su enemigo, había reunido en Babilonia un poderoso ejército, fuerte de un millón y cien mil hombres, el cual lleno de confianza condujo á Arbela.

Un eclipse de luna, que llenó de espanto y terror á los persas, prestó favorable ocasión á los macedonios para presentarles la batalla.

Darío había perdido á su esposa, y exigió de los griegos que le dieran muerte para calmar su desesperación y angustia; escribe por tercera vez á Alejandro solicitando la paz; pero el guerrero invencible que había llorado las virtudes de aquella princesa, le contestó con arrogancia estas terminantes palabras: *Elige entre rendirte hoy ó combatir mañana.*

La batalla dada en las inmediaciones de Arbela decidió la suerte de Darío. Los ejércitos pelearon con furor y desesperación; cuarenta mil persas sucumbieron y sólo trescientos macedonios: el campo quedó por Alejandro. El vencedor hizo su entrada triunfal en la populosa Babilonia, donde pudo admirar su esplendor y sus riquezas. El ornamento de la ciudad, la hermosura de los edificios, la altura y solidez de los muros que la circundaban, los floridos jardines sostenidos sobre sólidas columnas, la frondosa vegetación, aquellos acueductos, aquellos templos, aquellas combinaciones hidráulicas, todo compitiendo con la mayor de las maravillas naturales, fueron otros tantos motivos de sorpresa y justa admiración para los conquistadores.

Allí premió á los soldados y recompensó con largueza su constancia y sus privaciones; recibió los tesoros del rey de Persia, y la ciudad de Susa entregó en metálico cincuenta mil talentos. Quiso penetrar por el interior del país, y en Persépolis dió libertad á cuatro mil prisioneros, y entre placeres y triunfos y agobiado por los laureles, jamás olvidó á sus enemigos. Darío quería aún probar la suerte de las armas.

Empero, la infame traición de Nabarzanes y Besso para entregar el monarca persa, le obligó á sufrir tan triste y amarga suerte; y herido por sus mismos capitanes, murió lleno de gratitud y admiración hacia su poderoso é invencible rival, cuya magnanimidad y clemencia tantas veces había admirado. El cadáver de Darío, embalsamado y cubierto con el manto de Alejandro,

se mandó con regia pompa á Sisigambis, para que lo hiciese enterrar según el uso de los persas. ¡Tal fué el triste y desgraciado fin de aquel monarca, que había dominado una gran parte del mundo conocido!

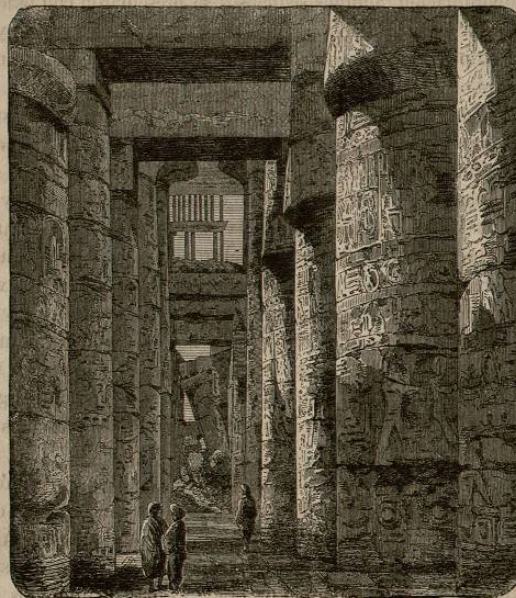


Alexandro, el grande, en Jerusalem.

Después de la muerte de Darío, el guerrero macedonio prosiguió sus gloriosas conquistas, recorriendo con su ejército las tierras que riega el Cáucaso. Ébrio de tantas victorias castigó al infame Besso, venció á los escitas y con-

denó á muerte á Cleto, á pesar del cariño que le profesaba, sólo con el frívolo pretexto de haberle ofendido enalteciendo á su padre.

En su marcha á Gabaza se enamoró de la bella Roxanes, hija de Oxiartes, hermano de Darío, y la hizo su esposa. Esta princesa, á la muerte de Alejandro, quedó en cinta. El caudillo macedonio había concentrado todo su genio y actividad para emprender la colosal expedición de la India.



Templo de Júpiter Ammon.

Una conspiración fraguada por Hermolao, en la que fué envuelto Callisthenes, el mejor de sus particulares amigos el cual le servía de mediador con Aristóteles, le obligó á desplegar una severidad inusitada, tanto más cuanto que el complot no llegó á realizarse. La víctima sufrió con valor los crueles tormentos, sin que nada pudiera descubrirse contra su inocencia. Acción abominable que manchó tantas glorias adquiridas, y de la cual se arrepintió más tarde. Dymnus, Philotas y Parmeniön su padre, fueron también sacrificados.

El Indo y el Ganges embargaban toda su atención, y con gran celeridad,

se hizo dueño de aquel rico territorio. Rindió á Omfis, venció á Porro y su ejército, y dominó pueblos y ciudades. Deseaba ver el Oceano, y en el viaje sufrió los rigores del hambre y la peste; después castigó al sápatra Astarpes. Mientras tanto, Nearco, que mandaba la armada macedonia, recorrió los mares desconocidos de la India.

El ejército de Alejandro había experimentado las mayores privaciones y se hallaba fatigado, en el interior de las tropas se dejaban sentir los malos efectos de la insubordinación, algunos sediciosos se presentaron con osadía y fueron castigados. El guerrero había perdido la confianza de los suyos, y entregó la guardia de su persona á los soldados persas. Esta resolución extrema sirvió de pretexto para otra conspiración.

El carácter del monarca se había modificado notablemente. Cariñoso y modesto, magnánimo y compasivo antes, era huraño y rigoroso ahora, hasta enfurecerse. Quería imitar el faustoso lujo de los persas, y cometía toda suerte de excesos. La adulación se había inoculado en aquella corte, y el rey prestaba oídos á los aduladores. Los disgustos de las tropas macedonias iban en aumento, las quejas llegaron á las gradas del trono, hasta el punto que Alejandro mandó abrir las puertas del palacio para que los soldados expusieran cuanto tuviesen por conveniente. Empero, un antiguo sentimiento y simpatía renace en el magnánimo pecho del invencible macedonio al ver el mal estado de sus soldados, su sincero arrepentimiento, los votos de todos por la felicidad, lo cual hizo que les otorgase el solicitado perdón y volvieron á la gracia del caudillo. Muchos regresaron á Macedonia cargados de ricos presentes y distinguidos con especiales honores.

Durante la victoriosa campaña de la India, dejó á Antipatro de gobernador en Macedonia, y á Harpalo en Babilonia. El primero supo conservar el Peloponeso, pero el segundo abandonó su puesto temiendo el castigo de Alejandro; se marchó á Atenas acompañado de mil griegos mercenarios, y con sus riquezas quiso sublevar al país comprando los oradores más distinguidos. Empero, el honrado, el patricio, el gran Phoición, que antes había rehusado los regalos que el monarca le enviara por considerarle el *único hombre de bien*, rechazó con nobleza las ofertas de Harpalo, desbarató sus inicuos planes y consiguió al fin que fuese expulsado de la ciudad. Conducta noble y honrada que ponía de manifiesto las virtudes que todos le concedían.

Alejandro, en medio de sus excentricidades, entre la corrupción y la infamia, se dejó arrastrar por la cortesana Tais, que le impulsó á incendiar el palacio de Jerjes. El guerrero embriagado de amor, coge la antorcha, y el encantado y fantástico palacio, la ciudad de las riquezas artísticas, de las tallas, esmaltes, obeliscos y esfinges... todo fué consumido por las llamas.

De regreso á Babilonia, en extremo conmovido por la muerte de Hefestión, su favorito y particular amigo á quien tributó honores regios, salió á cazar hombres y mandó pasar á cuchillo á los cusanos. Despreciando los consejos é indicaciones de los adivinos, asistió á un banquete en casa de Medio, y nó había aún terminado el brindis en honor de Hércules, cuando se vió acometido de terrible accidente, que obligó á los capitanes á trasladarlo á su palacio. La historia, quizá demasiado severa, señala á Antipater, padre de Casandro, copero mayor del rey, el haber preparado el mortífero veneno que cortó el hilo de la vida de tan afortunado príncipe.

Alejandro murió dejando su anillo á Pérdicas, que lo renunció, y sin designar al que debía sucederle, diciendo: *que el que fuese más digno ocupase su lugar*. Sin embargo, preveía que sus amigos celebrarían las exequias con las armas en la mano. Apenas hubo entregado su alma al CREADOR, cuando los llantos, los sollozos y los gemidos, se manifestaron en aquellos valientes, faltos del capitán invencible, que tantas veces los había conducido á la victoria. Alejandro, que la posteridad apellidó *Grande* (Magno), nó había cumplido treinta y tres años (323 antes de J. C.). Su cuerpo fué conducido, de orden de Ptolomeo, su hermano, con toda la pompa oriental, primero á Menfis, y sepultado pasados algunos años en Alejandría en un mauseolo riquísimo levantado en el centro de la ciudad, para tan ilustre guerrero y conquistador... La palabra Alejandro significa en griego *protector de los hombres*.

Alejandro el Grande ha tenido entre los escritores antiguos y modernos admiradores y entusiastas, que llegaron á endiosarlo. Sería un insensato aquel que tratara de negar las gloriosas conquistas del valiente macedonio; sin embargo, nó han faltado críticos y hasta detractores que vieron en el afortunado caudillo un hombre vulgar, lleno de vicios, plagado de excentricidades y cometiendo toda suerte de tropelias. El mismo señor de Montesquieu, uno de sus más fervorosos admiradores, ha dado á conocer las malas acciones de su héroe. Nosotros al reseñar, siquiera sea ligeramente, las victorias del venturoso conquistador, nó tenemos otro objeto que poner de relieve las opiniones del señor Draper, demostrando que su *invencible caudillo* nó está exento de una justa é imparcial censura.

Con efecto, nó contento con haber destruído á Tebas bajo un frívolo y capcioso pretexto, destruyó también á Tiro. Esta venganza quizá pudiera justificarse por el degüello que los tirios hicieron con los prisioneros macedonios; pero lo que estremece á el alma y la razón nó concibe, es que cansados los vencedores de tanta carnicería, mandase crucificar en la playa los dos mil prisioneros, á quienes la generosidad de los soldados había conservado la vida. Y que nó nos hablen de represalias, ni de necesidades impuestas por

la guerra. Este acto de crueldad inaudita demuestra en Alejandro un corazón cruel y sanguinario, impropio de un guerrero en el apogeo de su poder y de su gloria.

Persépolis fué sacrificada con todas sus riquezas, sólo por satisfacer el capricho de una concubina, y por más que se diga que únicamente se quemaron algunos edificios próximos al palacio, es lo cierto que el guerrero tomó la antorcha que convirtió en cenizas aquel emporio de la riqueza oriental. Ecbatana con sus siete murallas de piedra pulimentada, sus palacios cubiertos de argentadas tejas, sus ricos adornos de oro, sus fantásticas iluminaciones y cuantas maravillas pudiera concebir aquella robusta y espléndida civilización, fué pasto de la saña destructora de Alejandro. Clito y Callisthenes y otros guerreros de importancia, compañeros todos de sus glorias, ¿no fueron sacrificados sin compasión ni miramientos? ¿Qué no tuvieron que llorar aquellas extensas regiones de la India con sus repetidas crueldades? Los montañeses hindus fueron víctimas de su ferocidad; el país quedó arruinado; el fuego y el pillaje destruyeron y consumieron hermosas ciudades y dejaron yermas ricas comarcas; los cautivos murieron asesinados al filo de las espadas, y Alejandro olvidó aquella magnanimidad que ejerciera con las mujeres y cortesanas de Darío. Ahora las mujeres, los niños, los ancianos y hasta los enfermos fueron pasados á cuchillo. La cacería de hombres para aplacar los manes de Hefestión y ocupar sus ocios, le rebajaron hasta el punto de considerársele como el guerrero más descorazonado, y equipararlo al conquistador más vulgar y miserable.

El nombre de Alejandro era odiado de los parsis. Él fué á turbar la paz y tranquilidad de aquellos extensos países y regiones; él los despojó de sus riquezas, profanó sus templos y redujo los moradores á la esclavitud.

No se esfuerce el caballero Montaigne en torturar su buen sentido y buscar frases á su fecunda imaginación para atenuar la ferocidad de los actos del caudillo macedonio. Jamás un héroe, por grande que sea su fortuna, podrá dispensarse de observar y seguir las leyes del deber, del derecho, de la moral y de la humanidad.

Los arranques de entusiasmo, tanto del señor Draper como de otros sabios, no están del todo justificados. Alejandro pudo ser un gran conquistador; pero fué ambicioso, inhumano y cruel; pudo concebir en sus sueños de gloria la monarquía universal, y amarrar á su carro victorioso, reyes, sacerdotes y magnates; pero fué el azote del Asia, de la India y del Egipto, el destructor de una civilización potente y vigorosa. En cambio, ¿qué introdujeron los griegos en los pueblos conquistados? Se dirá que el helenismo... hermoso hallazgo para aquellas vetustas civilizaciones. El helenismo fué siempre rechazado por

los brahmanes. ¿Es que se quiere que la influencia de Alejandro y de otros griegos que recorrieron la India, vivificara los elementos de la civilización de los brahmanes, como pretende el señor Charles en su erudito libro sobre el Oriente? De ninguna manera. Cuando Alejandro penetró en la India, ésta comenzaba su decadencia después de haber recorrido todos los periodos de prosperidad y grandeza de que son susceptibles los pueblos.

«Alejandro, dice el señor Luis Jacolliot, fué á la India para realizar un hecho aislado, brutal y circunscrito, el cual ha sido exagerado por la tradición helénica y que los hindus no han desdeñado de revelar en su historia.» Nada lisonjero recuerda la presencia de los griegos en aquellas ricas comarcas, que contaban luengos años de existencia. La vida de Alejandro Magno ha sido historiada por Quinto-Curcio, Plutarco y Arrio ó Arriano, que es la que merece mayor aceptación de los sabios.

Ahora bien; ¿qué influencia pudieron ejercer en la civilización de la humanidad las victorias repetidas y las grandes conquistas de Alejandro en Asia, la India ó el Egipto? ¿Qué ventajas reportaban aquellos á quienes los griegos llamaban *bárbaros*, con tan atrevidas excursiones?... Toda el Asia ostentaba sus maravillas y sus riquezas, la India presentaba sus imponentes moles, sus misteriosos templos bordados de leyendas jeroglíficas y de símbolos indicativos de una creencia encarnada en aquellos pueblos, y el Egipto desafiaba á los siglos con las pirámides Gizéh, Chephén y Cheops, que contaban ya más de tres mil años de antigüedad. Monumentos gigantescos, que, según Oppert, no tienen rival en el mundo, construídos antes del primero de sus reyes, Kumano, con el cual comienza la historia de Egipto. El señor Piazzi Smyth, el mejor egiptólogo que ha descrito la gran pirámide Gizéh, la considera como un monumento original, grandioso, extraordinario y artístico, por su naturaleza, por la idea fundamental que entraña, por su altura, orientación, temperatura, unidades de medida, peso y capacidad, etc. Obra divina y providencial, que parece indicar se construyó por las colonias que condujo Cham ó Mezrain cuando penetraron por el Egipto, después de la dispersión en las llanuras de Sennaár.

El arte estaba allí representado, el sentimiento filosófico identificado con las concepciones del espíritu y con los emblemas de las creencias religiosas. En las manifestaciones de aquella civilización se había alcanzado el límite de la esfera de las creaciones artísticas; cualquiera hubiera pensado que la humanidad se hallaba en el apogeo de su esplendor, y que todo estaba terminado para que la actividad se perdiera en los horizontes del infinito. Sin embargo, han corrido los siglos, se han sucedido las generaciones, y el arte existe y el

hombre sigue en la constante y paulatina evolución de la idea, variando los caracteres para cada época de la historia.

Por todas partes la civilización y el progreso habían hecho sus conquistas, y el genio inventivo y audaz del hombre, manifestaba que la humanidad desde la cuna, fué inteligente, activa y emprendedora. Por esto ha dejado consignado el señor doctor D. José Varela Montes, reputado biólogo español: «Que el hombre ha sido desde su origen inteligente y moral; pero desgraciadamente, dice, ignoramos lo principal de esta época de su colosal existencia, cubierta con el velo impenetrable de los tiempos remotos.»

Obras gigantescas y atrevidas, concepciones arrogantes y maravillosas, prodigios y ricos pensamientos, ejecutados con valentía y atrevimiento, por do quiera se admiraban; quizá en el día, á pesar de los adelantos en todos los ramos de las ciencias de aplicación, no sería dado presentar monumentos tan grandes como acabados, que pudieran equipararse á los de estos pueblos antiguos. La antigüedad alcanzó tal grado de cultura y desarrollo, que los conquistadores creyeron, sin duda, que estaba en su mayor apogeo. Quizá la diplomacia indiana ó de los brahmanes, podía competir con la que envanece las naciones más aventajadas de Europa al terminar el siglo XIX.

Los griegos nada importaron á los pueblos conquistados; muy al contrario, fueron en busca de los adelantos y de las riquezas que aquella civilización tenía acumuladas, apoderándose también de los tesoros de la ciencia condensados en los templos. Así no titubeamos en consignar que la antigüedad en el Asia, en el Egipto y en la India, á las conquistas de Alejandro Magno, tenía su propia civilización, la cual había alcanzado un alto grado de esplendor; y así en las artes manufactureras como en la industria, en la agricultura como en las artes plásticas, en las ciencias de aplicación como en las filosóficas y administrativas, en la teogonía como en la astronomía, en literatura y en legislación, ocupaba su lugar respectivo en la serie de los conocimientos humanos. Si hay algo que pueda probar el estado brillante de la civilización en aquellos pueblos, son los inmensos tesoros acumulados después en el Museo alejandrino.

No desconocemos el valor militar de las rápidas conquistas de Alejandro, si bien la historia nos enseña que estos afortunados guerreros, en cuyas manos viene á condensarse la suerte de muchos pueblos y países, embriagados con el fausto y el poder, cometen horrendos crímenes y cruentos asesinatos. Alejandro, en sus sueños celestiales, vislumbró la monarquía universal, quiso domeñar al mundo y no supo reprimir sus pasiones. Su política sería, tal vez, fecunda para sus proyectos; pero aquellas alabadas conquistas se miraron con horror y espanto por los desgraciados sobre quienes gravitaba el yugo del victorioso conquistador.

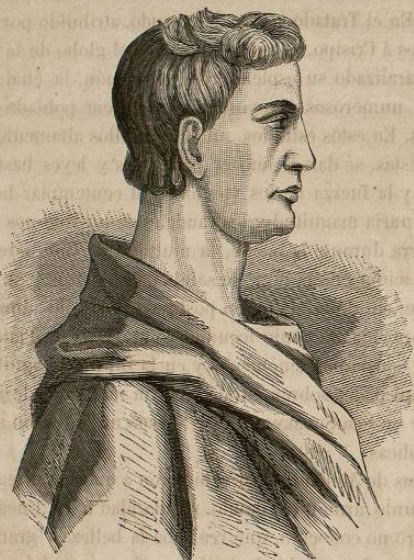
No negamos, por el contrario convenimos, en que el héroe macedonio fué una figura colosal, grande, digna de ser imitada, empero esta misma grandeza le cegó muchas veces el entendimiento, el orgullo ofuscó la razón y el héroe descendió hasta nivelarse con un guerrero vulgar y sanguinario. Es que los grandes hombres tienen también sus lados sombríos y terroríficos.

Los griegos, no obstante, en sus poesías, dieron á conocer sus costumbres y sus sentimientos. En Delfos se cantaron himnos á la Primavera; Hesiodo describe el Invierno, personificando en su teogonía los fenómenos del mar, y la poesía antigua busca las metamorfosis de la naturaleza para representar la forma humana. En el Tratado acerca del mundo, atribuido por algunos á Aristóteles y por otros á Crisipo, el autor representa el globo de la tierra donde, al parecer, se ha paralizado su esplendorosa vegetación, la cual está fertilizada en seguida por numerosos arroyos, y la superficie poblada de millares de seres pensadores. En estos estudios, muchos de ellos altamente materialistas y hasta transformistas, se dan á conocer principios y leyes bastante aceptables sobre las nubes y la fuerza de los vientos; y al contemplar la hermosura del sol, su extraordinaria magnitud y los raudales de luz que nos envía, el manto que cubre la tierra durante la noche, la multitud de luminares que tachonan el cielo, las variaciones de la luna, la salida de los astros y su aparición constante y uniforme, sin duda, debieron postrarse llenos de admiración ante una *Divinidad* desconocida. El genio fecundo y entusiasta de Platón buscó en tan sorprendentes y constantes fenómenos y en la infinita magnitud de las obras de la creación, un poder sobrenatural; y en un momento de justa exaltación, exclamó: *Existe un Sér SUPREMO*. A este filósofo no le fueron desconocidas las revelaciones bíblicas.

Las conquistas de Alejandro contribuyeron á que los griegos imprimiesen al arte un conjunto armónico, dando regularidad á las líneas y presentando un aspecto severo no conocido, que realzaba la belleza y grandiosidad. La civilización de los griegos había buscado sus ricos materiales en el Asia, en el Egipto y en la India. Los libros de la filosofía oriental se remitieron á Aristóteles, así como las observaciones astronómicas, y ejemplares de cuanto raro y desconocido se hallaba en los países conquistados; y los ricos y variados trabajos encontrados en aquellas populosas ciudades, abiertos en madera, piedra y metales preciosos, los canales y acueductos, los túneles que tanto nos sorprenden en el día, los jardines suspendidos, las máquinas para elevar el agua, los templos cuajados de jeroglíficos y misteriosos emblemas esculpidos por diferentes sistemas, las colosales moles que aun desafían el genio destructor de los siglos, los sorprendentes obeliscos, las monstruosas efigies, las observaciones de la bóveda celeste, los estudios sobre la física de la tierra, la qui-

mica y la medicina y otros muchos conocimientos del humano saber, pruebas irreprochables son de los adelantos de los pueblos orientales, cuando Alejandro el Grande turbó con su ambición la paz y bienestar que disfrutaban aquellas extensas regiones; y, sin embargo, se le considera como un conquistador que difundió la civilización por el mundo. ¡Error lamentable!

Si los adelantos en el estudio de la naturaleza, realizados por las principales escuelas filosóficas que se engendraron en el Oriente y vinieron á progresar



Phoción.

en Grecia, dieron á conocer ciertas leyes y principios que sirvieron para desarrollar los dioses del Olimpo; si aquellas varias sectas se vieron escarnecidas y despreciadas con los progresos de una nueva civilización; si la idolatría degeneró en un ridículo sarcasmo y las mundanas teocracias en asquerosas bacanales; si el pueblo, por último, miró con desdén y hasta con menosprecio los oráculos y los magos; esto da á conocer el origen material y grosero de las creencias paganas. Mientras los hombres estuvieron sojuzgados por falsos misterios, respetando y acatando los dioses de la mitología con sus necesidades

corpóreas, rodeados de fábulas, donde ejercían su infame profesión las sibilas y hechiceras, los centauros y los ciclopes, los mónstruos, gigantes y sirenas; mientras el hombre olvidaba que su punto de partida estaba en Dios para vol-



Phoción rehusa los regalos de Alejandro.

ver á Dios, la religión no pudo ser jamás Religión. Todas aquellas ceremonias y cruentos sacrificios, todos aquellos emblemas misteriosos, todas aquellas artes diabólicas, todas aquellas supercherías y engaños, no eran más que far-